

Tras la línea

Estilo, stilette

Sergio González Rodríguez

Estilo: la vinculación entre la escritura y el estilo proviene del uso del punzón con el que se escribía en la antigüedad caracteres en tablas enceradas: en latín *stilus*, y en griego *στῦλος*. Estilo tiene que ver también con el reloj de sol (*gnomon*), con los indicadores que proyectan la sombra y muestran el paso de las horas, promedio y peso del tiempo. Y alude a la peculiaridad de la escritura en la respectiva caligrafía o forma de usar la pluma.

El Conde de Buffon (George Louis Leclerc) en su *Discours sur le style* de 1753 dotó a la palabra estilo de su ropaje ilustrado: “Escribir bien, es pensar bien y a la vez sentir bien y expresar bien, es tener a un mismo tiempo ingenio, alma y gusto. El estilo presupone la reunión y el ejercicio de todas las facultades intelectuales” (en traducción de Alí Chumacero: http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/88_may_2006/casa_del_tiempo_num88_10_20.pdf). El estilo expresaría a la persona y esta sería es-

tilo encarnado, inconfundible, íntegro, atento a los demás.

La escritura de los sueños ha implicado a lo largo del tiempo el paso del punzón a la pluma, y de la pluma al teclado. La horma digital persiste en cualquier caso. Y en el agua de los sueños el estilo deviene un anzuelo, garfio o arpón pequeño que, pendiente del sedal o alambre de la memoria, y con el cebo de los afectos, auxilia a pescar alguna pieza en la infinitud onírica. La palabra rescatada así adviene un puente entre dimensiones de radical alteridad.

La tercera parte de la vida de cada quien consiste en dormir y en soñar. Si a tal estado añadimos el suspenso que suscita en la imaginación la lectura de libros, de películas o de series narrativas en el televisor, valoraríamos la importancia de disponer de una conciencia espiritual cuyo atributo mayor consiste en ir y venir de lo intangible a lo material. Imaginar y reconstruir el mundo.

El sueño consiste en algo moldeable al sentir, percibir, reflexionar acerca de su sustancia. Y, sobre todo, al convertirla en pretexto de escritura. En otras palabras, al arquitecturarla en palabra escrita. Anoche me sorprendí porque soñé una historia en la que discurría con un amigo en torno del acto de escribir.

Mi amigo y yo doblábamos en una esquina de la ciudad antigua, quizá Madero hacia Bolívar, al sur, y él sostenía que el centro de la literatura estaba en el manejo del estilo. La camisería Bolívar junto al Pasaje Iturbide y sus escaparates con prendas y mercancías diversas resonaban nuestra plática. Un dejo de anacronismo llenaba aquel sueño.

Por mi parte, sostenía que más que el estilo, la complejidad del lenguaje dotaba a la literatura de un armazón, o estructura; creo que en el sueño empleé una de esas dos palabras, la cual al unir pensamiento y len-



guaje ofrecen el valor literario más decisivo. Mi amigo reiteró que, al final, todo eso expresaba un “estilo”. Parecíamos hablar de lo mismo con términos distintos.

La forma y construcción de los sueños me resulta de mayor importancia que sus posibles significados psíquicos. Su materia originaria debe ser escrutada para identificar los procedimientos que los articulan, su configuración e interconexiones.

Al despertar me pregunté por la precisión racional del sueño y, sobre todo, por qué surgió el tema del estilo, y quise encontrar una causa directa, que en realidad es indirecta: días antes, en una revista, había leído sobre los zapatos stiletto, los tacones de aguja que se han puesto de moda y han concitado el esmero de los diseñadores más reputados, desde el célebre diseñador de moda Christian Louboutin de los filos agudísimos y la suela roja, hasta la arquitecta Zaha Hadid, que ideó un pequeño edificio de planos superpuestos y plateados para calzar los pies femeninos, los cuales lucen alados.

La causa directa-indirecta que quise regalarle a mi sueño fue que el término “zapatos stiletto” se inspiró, como enseñaba el artículo de la revista, en la daga “stiletto” de los caballeros (o villanos) medievales y hasta renacentistas: una punta aguda y larga con una empuñadura de gran eficacia, ya que atravesaba la cota de malla que pudiera usarse como escudo.

La apropiación fálica que cumplen los tacones altos de las mujeres resulta una obviedad, cuyo interés se halla en el acto de yuxtaponer lo vertical y lo horizontal. Calzar unas dagas invierte y sojuzga el deseo masculino. Lo desplaza hacia el signo dinámico de caminar y mostrarse, cautivar y seducir. Sea una acera, un pasillo, una sala o una pasarela de modas, los zapatos stiletto expresan el deseo de ingravidez y de ascenso al mismo tiempo. De dominio espacial y simbólico.

Si alguien quiere saber qué acontece, en la realidad y en el sueño, cuando se enfrenta la pluma de un hombre y el stiletto de una mujer, debe tener en mente la muerte súbita de Jean-Paul Marat a manos de la justiciera Charlotte Corday. El revolucionario jacobino sólo pudo expresar, mientras escuchaba el golpe de la daga que ella había soltado en el suelo de madera: “¡A mí, mi

querida amiga!”. La escena se volvería un tema de la pintura neoclasicista en Europa.

Como enseñaba Italo Calvino en *Las ciudades invisibles* (Siruela, 2014), el deseo de los sueños es horizontal. Se recorre, se persigue y, al no hallarlo, se construyen edificios, calles, plazas, muros, ciudades enteras. Como en la ciudad de Zobeida, construida por hombres que soñaron a la misma mujer desnuda de cabello largo que corría de noche. La siguieron en el sueño sin alcanzarla. Luego buscaron aquella ciudad y jamás la hallaron. Entonces, decidieron construir la ciudad, pero la mujer soñada nunca reapareció.

La mujer desnuda de cabellos largos tiene sus propios stilletos en forma de cabellos. Y el sólo verla, así sea en sueños, lleva una condena, como en el mito de Diana, a quien Acteón observa desnuda, por lo que la deidad lo transforma en un venado que será atacado y devorado por perros de caza.

En la leyenda medieval de Lady Godiva dicho mito reaparece: la dama del señor de Coventry, Lady Godiva, se pasea desnuda en la ciudad por exigencia de este, ya que él le ha prometido que bajará los impuestos a sus vasallos si realiza tal lance. Ella cabalgará en su caballo cubierta nada más por su melena. Mientras los vasallos se recluyen en sus casas en señal de respeto para quien se ha condolido de ellos, un mirón la atisba desde una rendija. En castigo, quedará ciego.

Si la mujer de la fábula de Calvino jamás reapareció, mi “stiletto” lo tengo aquí, lo empuño y afilo mientras escribo estas líneas, a salvo por el momento de alguna asechanza femenina.

La sabiduría oriental conmina a desestimar la dualidad tradicional de Occidente, generalizada a partir de la modernidad, de considerar el sueño como un mundo irreal y la vigilia como lo real o verdadero. La existencia es transformación: un flujo continuo que nos convoca y al que debemos incorporarnos. O mantenernos en su contemplación.

La acción particular de la persona frente a tal flujo intercambia sus trazos, lo mismo en la vida despierta que al soñar. Energía que se desplaza y fluye una y otra vez bajo el entorno de los ciclos de la existencia que incluyen la negatividad, el deseo es-

pectral, el impulso animal, el estatuto humano, la perspectiva cuasi divina y el contacto con la plenitud.

En la obra *The Tibetan Yogas of Dream and Sleep*, Tenzin Wangyal Rinpoche comenta que la continuidad es la clave para integrar la vida, el sueño y la experiencia, y explica que con atención y propósito dicha continuidad puede lograrse: “cuando eso suceda, tu vida será diferente y será una influencia positiva en la vida que te rodea”. Si bien estas palabras resuenan a sabiduría de galleta china de la buena suerte, su trasfondo tiene pertinencia: la esquirra de oro a veces se halla en el cieno. Dios está en los detalles, afirmó Aby Warburg.

Desde tal continuidad, el sueño y la vigilia son el derecho y el revés de nuestra existencia, que atisba a las dimensiones múltiples del universo, donde el tiempo y el espacio rebasan la tridimensionalidad y percepción lineal con las que solemos entender lo real. Así, la alteridad insospechada nos interpela un día sí, un día no sin que seamos capaces de comprender más allá de lo conocido. Y, sobre todo, sin que avancemos demasiado en el saber sobre el arte de construir los sueños.

En el momento de entrar al sueño, o de salir de él, está el umbral decisivo.

Isadora, otra de las urbes de las que habla Calvino en el libro citado, señala: “Al hombre que cabalga largamente por tierras agrestes le asalta el deseo de una ciudad. Finalmente llega a Isadora, ciudad donde los palacios tienen escaleras de caracol incrustadas de caracolas marinas, donde se fabrican con todas las reglas del arte catalejos y violines, donde cuando el forastero está indeciso entre dos mujeres siempre encuentra una tercera, donde las peleas de gallos degeneran en riñas sangrientas entre los que apuestan. En todas estas cosas pensaba el hombre cuando deseaba una ciudad. Isadora es, pues, la ciudad de sus sueños; con una diferencia. La ciudad soñada lo contenía joven; a Isadora llega a edad avanzada. En la plaza hay un murete desde donde los viejos miran pasar a la juventud: el hombre está sentado en fila con ellos. Los deseos ya son recuerdos”.

Deseos, sueños, recuerdos: el stiletto de la escritura los atraviesa, los une, los recompone y los consigna. El puente imprescindible. **U**